

por medio de una marcha nocturna, pernoctó en Santa Catarina, á cuatro leguas de Monterrey. Allí, renovóse, á la madrugada siguiente, el mismo peligro de la tarde anterior, pues Quiroga pretendió sorprender á la escolta presidencial, por medio de un albazo; y aunque no lo consiguió, ya que el valor y la vigilancia de Guiccioni salvaron de nuevo al Presidente y sus Ministros, no por eso dejaron aquel día de verse otra vez expuestos á un peligro inminente y mortal.<sup>1</sup>

En la hacienda de la Zarca, donde pernoctó el Gobierno tras penosa travesía por el desierto de Mapimí, ocurrió una sublevación de la escolta presidencial, sin carácter político de ninguna especie y motivada tan sólo por el horror de los soldados á la muerte, causada, no por las balas enemigas, sino por el cansancio, por el hambre y por la sed!

Aunque aquella sublevación soldadesca fué bien pronto reprimida por el valor y lealtad de sus jefes y oficiales, y aunque aquellos míseros amotinados volvieron prontamente á la obediencia y al deber, á la voz de Negrete, de Meoqui y de Yepes, no por eso dejó de ser inminente y mortal el peligro corrido, aquella noche, por el Presidente y sus Ministros.

Por último, cuando parecía que el ya próximo triunfo de nuestra causa había de eliminar toda clase de riesgos al Presidente y sus Ministros, viéronse éstos envueltos por un doble peligro, creado por la audaz estrategia de Miramón.

<sup>1</sup> El Sr. Viramontes, en su "Biografía de Juárez," premiada con el accesit en el Concurso abierto por la Comisión del Centenario, incurre en el error de asentar, que fué el General Aureliano Rivera, quien salvó al Presidente y sus Ministros, en Santa Catarina. Si así hubiera sido, ni el Sr. Lerdo ni mi Padre habrían dejado de mencionarlo. Ni en la carta del Sr. Lerdo á Don Matías Romero, en la que refiere aquellos acontecimientos, ni en la correspondiente "Revista" de mi Padre, ni en el Diario Oficial del Supremo Gobierno que se refirió á dicha "Revista" aparece siquiera el nombre del General Aureliano Rivera. Fuera de este error—probablemente copiado de Santibañez—la Biografía escrita por el Sr. Viramontes es la que narra con más precisión los peligros corridos por Don Benito Juárez.

Aunque el General Escobedo avisó oportunamente que Miramón se había desprendido de Lagos, y la posibilidad de que cayese sobre Zacatecas; y aunque los Ministros, ofreciendo permanecer en dicha ciudad para no desalentar á las tropas, se empeñaban en que se pusiera á salvo el señor Juárez, para evitar—dada la falta de Vice-Presidente—la irreparable acefalía que ocasionaran su muerte ó captura, resolvió el Presidente exponerse al mencionado doble peligro, para no dar á los jefes militares *motivo ó pretexto*—fueron sus palabras—para que achacaran al Gobierno una posible derrota y la consiguiente pérdida de la ciudad.

Estos detalles, que oyera yo de labios de mi Padre, pueden verse confirmados en una carta del mismo D. Benito Juárez, publicada recientemente por el Sr. Pola, entre otros documentos de igual origen.

"Aunque muchos eran de opinión—dice la carta—que el Gobierno debiera retirarse de la ciudad, y á pesar de las poderosas y abundantes razones que había por parte de la política pública para adoptar esta resolución ó curso de conducta, sin embargo, resolví, que<sup>1</sup> no era propio seguirla, y concluí por correr y participar la suerte de nuestras fuerzas. El entusiasmo rayaba en frenesí y la recepción del pueblo me conmovió, y el pensamiento, la sola idea de que al retirarme de la ciudad *podiera desalentar á las tropas* y al pueblo, me acabó de resolver en un propósito de no abandonar el puesto, el punto que me correspondía y debía ocupar. En una palabra, mi opinión era que si la ciudad caía en poder del enemigo, esta desgracia *no fuera resultado de la retirada del Gobierno*, sino más bien la causa de ella."<sup>2</sup>

El episodio de Zacatecas, aunque callado por el Sr. Bulnes—quien ni siquiera lo cita como un "contratiempo"—es, sin embargo, bastante conocido. Sábese que Miramón llegó frente á la plaza el 26 de Enero por la tarde; que, en la noche de ese mismo día, avanzó una columna hasta la falda

<sup>1</sup> En la publicación hecha por el Sr. Pola dice *creí*, en lugar de *que*. La errata es fácilmente perceptible.

<sup>2</sup> "Benito Juárez."—"Miscelánea." pág. 375.



del cerro de la Bufa; que, á las primeras luces de la mañana, lanzóla audazmente al asalto; que, en unos cuantos minutos, se apoderó de aquella posición; y que, dueño de la Bufa, la ciudad y sus habitantes, el Palacio y sus huéspedes, quedaban indefensos ante la fuerza vencedora, sin que pudiera servirles de resguardo el resto de nuestras tropas que, sin haber entrado en combate, se hallaban ya inutilizadas para impedir la ocupación de la plaza.

El peligro corrido entonces por el Presidente y sus Ministros fué inminentísimo, pues colocado el Palacio á la falda de la Bufa, del lado de la ciudad, podía ser tomado en breves instantes por las tropas que ocupaban ya la cima del cerro.

Una providencial inadvertencia de Miramón dió lugar á que el Presidente y sus Ministros se le escaparan, positivamente, de entre las manos. El joven General había fiado el asalto de la Bufa á su Legión extranjera, compuesta de los desalmados contra-guerrilleros de Dupin y de Berthelin, tan indisciplinados como valientes. Miramón graduó bien el arrojó de aquellos aventureros; pero no previó las consecuencias de su indisciplina. Los legionarios, arrojándose como fieras sobre los parapetos que coronaban la Bufa, dieron á Miramón el rápido triunfo que buscaba; pero su indisciplina frustró la captura del Presidente—muerto ó vivo—que era el objeto perseguido por el audaz campeón imperialista. Sí, tomada la Bufa, los asaltantes, reorganizándose, hubieran marchado en columna sobre el Palacio; ni el Presidente ni los Ministros habrían tenido tiempo de salir de su recinto, ni la pequeña fuerza destinada á servirles de escolta habría podido rechazar ni contener á los vencedores de la Bufa. Pero los indisciplinados ex-contra-guerrilleros, lejos de reorganizarse en columna para atacar el Palacio, se desbandaron por la ciudad indefensa, al propicio incentivo del saqueo; dando así fuerza y poder á la escolta para que contuviese en las próximas boca-calles á los pelotones enemigos que se dirigían al Palacio; y dando así tiempo al Presidente y sus compañeros para que descen-

dieran de sus habitaciones, montaran á caballo, salieran del Palacio, y cruzando la boca-calle bajo el fuego de los mencionados pelotones, al encontrar obstruído el paso hácia la carretera del Fresnillo, se dirigieran á la de Jerez, donde pusieron ya sus cabalgaduras al galope.

Salvado este primer peligro, quedaba aún el de que fuesen alcanzados el Presidente y sus Ministros.

Una equivocación, también providencial, salvóles de este nuevo peligro. A la hora de la confusión originada por la inesperada rapidez de la toma de la Bufa, los fieles cocheros, que al servicio del Presidente y sus Ministros habían llegado hasta Paso del Norte y que aquella madrugada se hallaban en el convento de San Francisco, engancharon apresuradamente los carruajes y, sabiendo que sus amos montarían á caballo, se lanzaron á todo correr por el camino del Fresnillo. La columna de polvo levantada por su rápida carrera denunció á Miramón el rumbo seguido por los carruajes, y, engañado por la creencia de que el Presidente y sus Ministros caminaban en ellos, envió su caballería en persecución de unos coches vacíos, mientras Juárez y sus acompañantes se alejaban por rumbo diverso sin ser perseguidos.

Cuando Miramón salió de su error, hizo retroceder su caballería y la lanzó por la carretera de Jerez, con la esperanza aún de capturar al Presidente, era ya tarde. El bravo Coronel Corella, tras una marcha en torno de Zacatecas, había logrado interponerse entre el Supremo Magistrado y sus perseguidores. Dos veces detuvo Corella la marcha de éstos, dos veces formó cuadro con el batallón de Durango que mandaba, y dos veces contuvo victoriosamente á los dragones imperiales, que no osaron continuar una persecución tan bravamente contenida.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> El erudito Sr. D. Genaro García, en su refutación de "El Verdadero Juárez," después de copiar el parte de Miramón, en que éste dijo que Juárez se había salvado por la ligereza del carruaje, agrega á este respecto lo siguiente: "Algunos viejos Zacatecanos me han asegurado que el Sr. Juárez escapó á CABALLO, merced á la ayuda eficaz de varios vecinos de la ciudad, que le acompañaron hasta Jerez, batiéndose con el enemigo para dar lugar al Sr. Juárez á que se ade-



El inminente peligro de caer en manos de Miramón, corrido aquel día por el Presidente y sus Ministros, no implicaba únicamente la pérdida de la libertad, durante un tiempo más ó menos largo y en prisión más ó menos dura y estrecha, sino que implicaba la pérdida de la vida. Así lo comprueba, la muy conocida comunicación de Maximiliano, en la que ordenaba á Miramón, que si lograba apoderarse de Don Benito Juárez, Don Sebastián Lerdo, Don José María Iglesias, Don Luis García Ramírez y del General Don Miguel Negrete, los hiciese juzgar y condenar. Sólo el hombre—dije ya en otra ocasión—que había adoptado por lema este contrasentido: "Equidad en la Justicia"—como si en la Justicia cupiese la inequidad—sólo ese hombre podía dar la orden de *hacer juzgar y condenar*. ¡El juicio sobra cuando la condenación se ordena!

Si al engaño sufrido por Miramón debióse que el peligro de la persecución se retardara, no fué sino al comportamiento heroico del Coronel Diódoro Corella y de sus valientes soldados, al que debióse la completa extinción de aquel grande y postrer peligro, y la consiguiente salvación del Presidente Juárez y de sus Ministros Lerdo é Iglesias.<sup>1</sup>

lantara." Si el Sr. García se hubiera tomado la molestia de consultar mis "Rectificaciones" sobre este asunto, publicadas en un Remitido á "El Imparcial"—cuya fecha consta en las otras Rectificaciones mías, incluídas por Don Genaro en su copiosa Bibliografía—no sólo habría sabido á ciencia cierta que el Presidente había salido á caballo, sino hasta el nombre de éste, y algunos otros importantes ó simplemente curiosos detalles. Y, si hubiera leído siquiera la Nota del Ministerio de Relaciones al Sr. Romero, fechada en San Luis á 22 de Abril de 67, habría visto que los "viejos zacatecanos" trataron de engañarlo como á un chino; pues la Nota dice que la toma de Zacatecas fué *inesperada y repentina*, lo que hace imposible que aquellos vecinos se reunieran oportunamente para prestar eficaz ayuda al Sr. Juárez, batiéndose con el enemigo. La carta del Presidente publicada por el Sr. Pola, y á la que acabo de aludir, habrá enseñado á S. S. lo que desde antes debió presumir: lo engañoso del informe de *los viejos zacatecanos*.

1. No cabe en este estudio la relación detallada y minuciosa de la fácil toma de Zacatecas por Miramón. A reserva de hacerla en mejor oportunidad no quiero dejar pasar la presente sin mencionar un delicado rasgo de cortesía de aquel valiente General: En el saqueo

Como si el Hado hubiera querido reservar para los miembros civiles del Supremo Gobierno la inminencia mortal de los peligros corridos y la gloria de afrontarlos con impávida serenidad, no los envió sobre el Presidente y sus Consejeros de Estado, sino cuando el Ministro de la Guerra hallábase lejos del lugar de los acontecimientos, exceptuando únicamente el del día de la Zarca. Cuando en Monterrey apoderóse Vidaurri de la artillería de Guanajuato y, en actitud hostil, encastillóse en la Ciudadela, el General Negrete hallábase en punto bien lejano. Cuando la sublevación de Quiroga, tampoco se hallaba Negrete en Monterrey, pues había salido muy de mañana al frente de las tropas para ir á reforzar á las que se encontraban en la Angostura. Y cuando la toma de Zacatecas por Miramón, también había salido, desde la víspera y en camilla, el General Mejía, á causa de enfermedad y cumplimentando la orden terminante del Presidente.

Referidos, aunque de manera sucinta, los peligros corridos por el personal del Gobierno, toca ahora ver cuales fueron los que atañen al personal de la Legación.

Desde luego, puede asegurarse que Don Matías Romero no se vió expuesto á peligro alguno, de ninguna especie, durante todo el tiempo que permaneció en los Estados Unidos desempeñando, primeramente, el puesto de Encargado

subsecuente á la toma de Zacatecas perdió mi Padre su equipaje con muy importantes documentos y cartas de familia. Todos estos papeles han de haber sido entregados al jefe vencedor; pues cuando después de unos días regresó mi Padre á Zacatecas, recibió por conducto de un comerciante de aquella plaza un paquete formado por las mencionadas cartas, á las que acompañaba una tarjeta del General Miguel Miramón. Mi padre había sido condiscípulo y catedrático de Miramón en el Colegio de San Gregorio, cuyo Rector, el sabio y benéfico Rodríguez Puebla, había establecido el sistema lancasteriano, de que los alumnos más aventajados en un año desempeñaran en el siguiente la cátedra de la materia cursada en el anterior. Durante la ilegal presidencia de Miramón no medió relación alguna entre él y mi Padre; pero á la hora del triunfo de Zacatecas, ha de haber recordado el joven caudillo que había sido discípulo de mi Padre. Esto explica su delicada atención siempre recordada y agradecida por nosotros y confirmatoria del adagio caballeresco: nada quita lo cortés á lo valiente.



de Negocios y más tarde el de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Mejicana. Pero esta categórica afirmación no puede hacerse extensiva á Don Ignacio Mariscal, á quien es de justicia reconocerle que—como él mismo tuvo cuidado de hacerlo notar—arrostró un probable peligro, cuando fué á Raleigh, enviado por el Sr. Romero con una misión reservada para el General Schofield.

En el correspondiente Informe decía, al Sr. Romero, Don Ignacio Mariscal: «Me dijeron en el hotel que era dudoso estuviere el camino en corriente desde allí—Richmond—por la destrucción del puente sobre el Apomattox. Fuí, sin embargo, á las cinco de la mañana siguiente á la estación, donde me aseguraron que al día siguiente, á las nueve saldría un tren, por estar repuesto el puente para esa hora: Aunque sabía yo que por Petersburg, desde luego no encontraría dificultad alguna, calculé que siempre tendría que salir de allí hasta el otro día y por lo mismo resolví quedarme en Richmond para emprender el 3 del corriente el camino para Danville. Ocurrió á la hora convenida á la estación, y me contaron que aun no se había podido reponer el puente, pero que saldría el tren con seguridad al otro día. Temiendo nuevo chasco me fuí á las tres de la tarde á Petersburg, de donde pude salir á las siete y media de la mañana próxima (4 del corriente), rumbo á Danville. En Burqueville me detuve cuatro horas mientras salía nuevo tren, y llegué á Danville á las dos y media de la mañana del día 5. En el próximo tren, que partió á las ocho, seguí hasta Greensbourg, donde fué preciso detenerse algunas horas para tomar el otro tren que iba á Raleigh, adonde por fin llegué á las doce y media de la noche.

«Por no ser del caso omito referir á Ud. *el malísimo estado de los caminos* en donde á veces no se logra más velocidad que *la de cinco millas por hora*, y los carros, las posadas, etc., están llenos de incomodidades; ABUNDANDO LOS PELI-

GROS Y ACCIDENTES. Una correspondencia publicada en el *Herald* de Nueva York, del 1º del corriente, da una idea bastante exacta *de los estragos* que la guerra ha producido *en ese y otros caminos del Sur.*»<sup>1</sup>

Aunque la extremada lentitud con que se deslizaban los ferrocarriles, á que se refería el Sr. Mariscal, manifiesta la prudencia y cuidado puestos para evitar los accidentes ó para volverlos insignificantes; sin embargo, hay que reconocer que el Sr. Mariscal se expuso á un peligro. ¡El de un probable descarrilamiento!

\*  
\*  
\*

Réstanos tan sólo hacer el examen comparativo de las penalidades sufridas respectivamente por los triunviros de Paso del Norte y los miembros de nuestra Legación en Washington.

Negó rotundamente el Sr. Bulnes, en “El Verdadero Juárez,” que este gran patricio hubiera sufrido penalidad alguna, de ninguna especie, durante el largo período de su famosa peregrinación; y trató de probarlo con los falsísimos conceptos puestos á continuación de las siguientes palabras: “La peregrinación de Juárez de México á San Luis *fué una fiesta* admirablemente descrita por Don José María Iglesias.”<sup>2</sup>

He aquí los indicados conceptos:

“La permanencia de Juárez en San Luis, Saltillo, Monterrey. *Paso del Norte* y sobre todo Chihuahua, *fué agradable, comfortable, saludable é higiénica*; todavía más, BAJO EL PUNTO DE VISTA MATERIAL, FUÉ ENVIDIABLE. . . . Juárez SIEMPRE durmió en buena cama, disfrutó de buena mesa, se tonificó con delicados vinos, conversó con excelentes amigos, tuvo al alcance de sus enfermedades notables mé-

<sup>1</sup> “Correspondencia de la Legación, etc.” Tomo V, pág. 374.

<sup>2</sup> Fiesta por las manifestaciones de patriotismo, no por otra cosa.



dicos y recomendables medicinas, tuvo siempre pueblos á quien imponer contribuciones pesadas que las pagaron, con gusto ó renegando por las exacciones; tuvo empleados que lo obedecieron y lo adularon, sociedades que lo divirtieran, lo elogiaron, lo granjeasen y lo regalasen; en su peregrinación no tuvo mas que molestias y entre ellas se puede contar el contratiempo de Monterrey. *Toças las comodidades de la vida civilizada, con todos los atractivos que puede presentar á los hombres más refinados. Juárez fué un delicado turista que pasó menos trabajos que el Barón de Humboldt en sus exploraciones menos peligrosas y agradables.*"

Mueve más á risa que á indignación, esa pretenciosa letanía de embustes, buenos tan sólo para engañar á imbeciles y analfabéticos; embustes entre los cuales no se encuentra mas que una verdad, y ésta, inútil para la probanza intentada por S. S.; puesto que bajo ese respecto es, sencillamente, un disparate.

Cierto, ciertísimo, que Juárez conversó siempre con excelentes amigos; pero presentar esa circunstancia como una prueba de que su vida fué envidiable, bajo el punto de vista material, es decir, declarar que la conversación es un goce, no intelectual, sino material, es incurrir en un estúpido disparate que, dada la innegable inteligencia de S. S., revela una profunda creencia en la imbecilidad general de sus lectores.

Son tan perceptibles los absurdos contenidos en la mencionada letanía, que por eso he dicho que mueven á risa. Nadie, absolutamente nadie, que tenga siquiera mediano criterio y corta ilustración, podrá creer que —como lo afirma S. S.—pudo ser agradable, saludable y sobre todo, *confortable*, la estancia de Juárez en poblaciones donde, en la época de referencia, se desconocía toda clase de *confort*. Nadie, absolutamente nadie, por escasos que sean su criterio y su ilustración, creerá que Juárez *siempre*—como lo afirma el Sr. Bulnes—aun durante la travesía por los de-

siertos de Coahuila y de Chihuahua y aun durante su permanencia en Paso del Norte, durmió en buena cama, disfrutó de buena mesa, se tonificó con delicados vinos, halló notables médicos, dispuso de recomendables medicinas, cobró contribuciones pesadas, y tuvo sociedades que lo divirtieran, lo elogiaron, lo granjearan y lo regalaran, cuando la simple palabra *desierto* excluye por completo toda clase de comodidades y sociabilidad; y cuando se sabe que la humilde, aunque patriótica población de Paso del Norte era una de las más pobres, de las más tristes, de las más apartadas villas de la República; y cuando se sabe que en ella residió Juárez, no breves días, sino veintiséis meses. Nadie, absolutamente nadie, á no ser imbecil ó analfabético, podrá creer que—como lo afirma S. S.—en ciudades de segundo ó tercer orden, como lo eran entonces aun más que hoy, San Luis, el Saltillo y Chihuahua, y, por mayoría de razón, en Paso del Norte, encontró Juárez *todas las comodidades de la vida civilizada, con todos los atractivos que puede presentar á los hombres más refinados.*" No, no mueven á indignación, mueven tan sólo á risa semejantes absurdos.

"Es una ingratitud contra los chihuahuenses—añade el Sr. Bulnes—que después que se esmeraron con su dinero, su afabilidad, su respeto, sus bailes, sus banquetes, sus contribuciones, su sangre, su aliento patriótico y con toda clase de sacrificios *en sostener á Juárez con exquisito cariño y probada abundancia de goces intelectuales y materiales*, se les arrojen cínicamente á la cara los *terribles sufrimientos* que pasó Juárez en Chihuahua, comparando su estancia en esa ciudad *con el peor de los círculos del infierno del Dante.*"

Pongo en debida cuarentena la afirmación de S. S., de que alguien ha equiparado con el peor de los círculos del infierno del Dante, la estancia de Juárez en la ciudad de Chihuahua. Hipérbole tan absurda no ha pasado bajo mis ojos, sino cuando la he leído en el libro del Sr. Bulnes, aun-



que atribuida allí á un incógnito escritor. Mientras S. S. no diga por quien y en donde fué usada tan absurda hipérbolo, será lícito suponer que ella es uno de tantos fantasmas levantados por el mismo Sr. Bulnes, para darse el fácil placer de derribarlos. Es posible que alguien, al hablar de los horribles sufrimientos soportados por Juárez en Chihuahua—compárelos, ó no, con los del infierno del Dante—se haya referido á la estancia en Paso del Norte, es decir, á la estancia en el Estado, no en la ciudad de Chihuahua, como pretende el Sr. Bulnes. Es posible también que algún mentecato haya estampado el absurdo concepto de referencia; pero, en tal caso, el disparate mencionado y la ingratitude que entraña podrán achacarse á un solo individuo y no en general, como lo pretende S. S., á todos los defensores de Juárez.

Es cierto que la ciudad de Chihuahua, movida por su patriotismo, dió la más hospitalaria acogida al Presidente y á los Ministros, y que sus habitantes trataron, con sus bailes, con sus banquetes, con sus aclamaciones y con todos los demás halagos á que el Sr. Bulnes se refiere, de hacer menos dura, menos pesada, menos triste, la estancia entre ellos del personal del Gobierno; pero es cierto también que tan halagadoras manifestaciones ni suplían á la familia ausente, ni borraban las preocupaciones por lo venidero ni bajando á las penas materiales—suprimían los rigores extremados del clima, ni proporcionaban las comodidades inherentes á la casa propia y á la ciudad capital de la República. Aun suponiendo, hiperbólicamente, que la estancia en la ciudad de Chihuahua hubiera sido para el Presidente y sus Ministros tan deliciosa como la de Jauja, ni aun así podría afirmarse—como lo hace S. S. faltando á las más elementales reglas de Lógica—que Don Benito Juárez, durante toda su peregrinación, disfrutó siempre de todas las comodidades de la vida civilizada, con todos los atractivos que puede presentar á los hombres más refinados.

Como el Sr. Bulnes, desatendiéndose de mi explícita invitación para dilucidar estos puntos, había desertado del campo de la discusión, resultaba innecesario, cuando los toqué en mis rectificaciones tituladas "El egoísmo norteamericano durante la Intervención francesa," detenerme á evidenciar, como lo he hecho ahora, las múltiples falsedades vertidas por S. S.; pues para refutar su peregrina tesis de que, en la resistencia nacional, el mayor mérito correspondía á las penalidades materiales y, por ende, á los militares, bastábame con exponer las siguientes consideraciones, publicadas en el libro cuyo título acabo de citar. Dicen así:

«A ser consecuente consigo mismo—dije entonces— el Sr. Bulnes debió conceder á los soldados rasos el primer puesto en la gloria de nuestra resistencia nacional, pues es inconcuso que sus penalidades materiales fueron muy superiores á las sufridas, no sólo por el Presidente Juárez, sino por los Generales á cuyas órdenes militaban; pero S. S., cometiendo un absurdo dentro de otro absurdo, concedió á los caudillos, y no á los soldados, ese primer puesto de gloria y honor.

«Parece mentira que el Sr. Bulnes se haya desatendido por completo de esas penalidades morales, inherentes á las grandes responsabilidades humanas, para fijarse tan solo en las penalidades materiales, es decir, en aquellas que, como el hambre y el frío, alcanzan por igual á los animales y á los hombres.

«No, no correspondían al Presidente Juárez, ni á sus Ministros, las penalidades consiguientes á los militares, ni los peligros inherentes á la noble profesión de las armas. Sus penalidades, aunque de otra índole, eran todavía más aterradoras: comprender la tremenda responsabilidad de su misión, y no contar con elementos adecuados y suficientes; mirar desvirtuados sus patrióticos esfuerzos por el descuido ó la torpeza de los unos, por el desaliento ó la cobardía